

LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

69

GILBERTO FREYRE
RAICES EUROPEAS
DE LA HISTORIA BRASILEÑA



COORDINACION DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/
Facultad de Filosofía y Letras
UNION DE UNIVERSIDADES
DE AMERICA LATINA

UNAM

GILBERTO FREYRE
**RAICES EUROPEAS
DE LA HISTORIA BRASILEÑA**



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
Facultad de Filosofía y Letras
UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA

GILBERTO FREYRE (1900) sociólogo brasileño a quien se debe la obra clásica sobre la cultura y sociedad de Brasil *Casa Grande y Senzala* que, con *Los sertones* de Euclides de Cunha ofrece la más amplia visión que se ha escrito sobre la sociedad, la historia y la cultura de esa parte la más grande de la América de origen Latino. Una historia que guarda gran originalidad respecto a la historia de la América que fuera colonizada por España. Originalidad que, sin embargo, no implica un alejamiento de la misma, respecto a las metas por alcanzar por los pueblos de esta América que resultan ser comunes.

El trabajo que aquí se publica es un capítulo del titulado *Interpretación del Brasil*. En él se hacen expresos los orígenes, las raíces de la historia del Brasil. Orígenes, raíces, que explican las diferencias, la personalidad de esta parte de nuestra América que ahora también intenta captar su identidad como totalidad, la identidad que no implica renuncia a esa su ineludible personalidad, pero que puede originarse la posibilidad de una acción común a pueblos que tienen un mismo origen; a pueblos nacidos de un proyecto semejante como lo fue el que animó a portugueses y españoles en un afán por incorporar a los pueblos conquistados a la cultura de la que se consideraban instrumentos de la misión de la que se sabían portadores.

Gilberto Freyre

RAICES EUROPEAS DE LA HISTORIA BRASILEÑA

América Portuguesa se llama a veces al Brasil, descubierto y colonizado por portugueses. Como tal, se le considera, por lo general, una prolongación de Europa. Y es un hecho que Brasil sigue siendo portugués e hispánico, o ibérico en sus características principales. Es también católico, esto es, una rama o una variante de la forma latina del cristianismo o de la civilización.

Pero el doble hecho de que sus orígenes sean predominantemente portugueses o hispánicos y que sus principales características sean católico-latinas, no hace que Brasil sea una prolongación pura y simple de Europa, como lo era la Nueva Inglaterra de la vieja o de la cristianidad protestante o evangélica en Norteamérica. Pues, como todo el mundo sabe, España y Portugal, aunque convencionalmente estados europeos, no son ortodoxos en todas sus cualidades, experiencias y condiciones de vida europea y cristiana. En muchos respectos son una mezcla de Europa y Africa, de cristianismo y mahometismo. La península ibérica es, según los geógrafos, una zona de transición entre dos continentes; y todos sabemos cuán popular es el dicho de que "Africa empieza en los Pirineos", dicho que los nórdicos emplean a veces con un sentido sarcástico.

Los africanos dominaron durante ocho siglos la península hispánica o ibérica. Arabes y moros dejaron en ella su huella. Si bien algunos de los modernos pensadores españoles y portugueses, como Unamuno, desearían europeizar España y Portugal a toda prisa, otros, como Ganivet, sostienen que España y Portugal deben mirar al sur, hacia Africa, en busca de su futuro y de una explicación de su *ethos*. Las mismas opiniones antagónicas pueden encontrarse entre los extranjeros que han estudiado la historia social y los problemas culturales hispánicos: algunos, como el alemán Schulten, creen que una de las tareas de la Europa moderna debería ser la de anexar de manera definitiva España a la civilización europea; mientras otros, como el francés Maurice Legendre, llegan aun a decir que el elemento africano es uno de los mejores ingredientes originales de España y que debe estimarse con orgullo en vez de repudiarlo con vergüenza.

Legendre es uno de los autores que hacen notar la semejanza entre la península ibérica y Rusia en cuanto a su situación como zonas de transición entre los continentes "Elle' Espag-

ne, ou Iberia, està la recontre de deux continents, comme la Russie".¹ Podríamos decir glosando a esos autores que no sólo entre dos continentes, sino también entre dos climas, dos tipos de suelo y vegetación, de razas, dos culturas, dos conceptos de la vida, dos complejos ecológicos. También entre Euro-Africa y la América hispánica.

Como en Rusia, las condiciones y los conceptos antagónicos de la vida que se encuentran entre los españoles y los portugueses no se han juntado sin luchas violentas; pero la amalgama, la acomodación y la asimilación se han sobrepuesto a los antagonismos. El resultado es que el portugués, como el español y el ruso, es, en más de un aspecto cultural y social, un pueblo con la personalidad "dividida", al estilo de la de Dr. Jekyll-Mr. Hyde, que los psicólogos han estudiado en ciertos individuos y los sociólogos han percibido en ciertos grupos sociales. Pero en otros aspectos, resulta no sólo más dramática, sino también más rica psicológicamente, y culturalmente más compleja, que la de otros pueblos más sencillos, por el hecho de que ha desarrollado una capacidad especial para soportar las contradicciones y aun armonizarlas. Los rusos la demuestran en la actualidad de una manera muy importante; y así los españoles y los portugueses durante las fases más creadoras de su historia, en una u otra de las formas clásicas según las cuales los individuos y los grupos resuelven sus conflictos internos de personalidad. De acuerdo con los sociólogos y los psicólogos sociales modernos norteamericanos, esas soluciones son, fundamentalmente, tres: 1) el repudio de un elemento o interés, de ordinario por medio de la represión, y la selección de otro opuesto; 2) la división de la personalidad en dos o más sectores, cada uno de los cuales busca algún interés u objeto; 3) la integración, o equilibrio de los elementos en pugna.

Si no me equivoco, cada una de las tres soluciones clásicas podría encontrarse como factor dominante de una u otra de las diversas fases del desarrollo social y cultural de los pueblos español y portugués. De esas diversas fases, la que nos interesa de manera más directa es la que precede inmediatamente al descubrimiento del continente americano y a su colonización por españoles y portugueses. Pero la verdad es que la preparación —inconsciente— social y psicológica de los españoles y los portugueses para esa enorme tarea parece haber consumido la totalidad de los ocho siglos de estrecho contacto de los cristia-

¹ Maurice Legendre, *Portrait de l'Espagne* (París, 1923), p.49. La situación de la península hispánica como una zona de transición entre Europa y Africa es sin duda similar en muchos respectos importantes a la de Rusia, descrita por el profesor Hans Kohn como "un lugar en el que se encuentran el oriente y el occidente por su historia y por su misma naturaleza", *Orient and Occident* (Nueva York, 1934, p 76).

nos españoles y portugueses con los árabes y los moros que dominaron la península. Pues no todos esos siglos fueron de guerras, conflictos e intolerancia. Como nos lo recuerda el profesor Fernando de los Ríos, hubo épocas de luchas y de intolerancia pero también “períodos maravillosos de entendimiento y cooperación”. “Para hacer resaltar estos últimos basta recordar —dice— cómo en el siglo XIII se celebraban en un mismo tiempo, la mezquita de Santa María la Blanca, de Toledo, los tres cultos: cristiano, morisco y mosaico”.²

Por otro lado, las épocas de dominación castellana y ortodoxamente católica sobre la llamada “totalidad hispánica” parecen ilustrar la solución —o ensayo de solución— de los antagonismos étnicos y culturales coexistentes por el rechazo o la represión de diversos elementos y la selección de un tronco o grupo y de una cultura o una religión considerada como la perfecta u ortodoxa. La Inquisición fue, quizá, el instrumento más potente utilizado en España y Portugal para conseguir ese propósito. Pero ni la centralización castellana ni la Inquisición pudieron reprimir las diferencias o neutralizar por completo el proceso de acomodación en el campo cultural y el de amalgamación en el biológico y étnico. Los *mozárabes* (cristianos que vivían bajo el dominio musulmán), los *mudéjares* (moros que vivían bajo el dominio cristiano) y los *nuevos cristianos* (judíos profunda o superficialmente convertidos al cristianismo) se habían hecho demasiado poderosos, penetrantes, plásticos, fluidos y complejos, en España y Portugal, para permitir la dominación de la vida social y cultural española o portuguesa por un solo grupo netamente definido que se considerará a sí mismo biológicamente puro (*sangre limpia*) o culturalmente perfecto según el patrón europeo o el africano. Hubo luchas dramáticas entre los que tenían a la cristiandad y a la latinidad como su ideal de perfección y los secuaces fanáticos de Mahoma o Moisés. Mas el resultado general del prolongado contacto de los pueblos español y portugués con los árabes, los moros y los judíos fue más que integración o equilibrio de elementos antagónicos que de segregación o diferenciación neta de ninguno de ellos o de violentas luchas entre los mismos.

Los árabes añadieron a los idiomas español y portugués un rico vocabulario mediante el cual pueden alcanzarse algunas conclusiones sociológicas. Una es que en ambos idiomas los arabismos parecen exceder en número a los latinismos cuando se trata de antiguos términos científicos y técnicos de importancia relacionados con la agricultura y las industrias extractivas. Y algunas expresiones populares, como “trabajar como

² Fernando de los Ríos, “Spain in the Epoch of American Civilization” en *Concerning Latin American Culture* (Nueva York, 1940, p.24).

un moro”, parecen indicar por qué ciertas ciertas partes del suelo ibérico las consideraban “fértiles” los autores árabes y “áridas” los cristianos. Un detalle significativo es que en el idioma portugués la palabra con que se designa al olivo, *oliveira*, es de origen latino; pero la palabra corriente para el producto comercial de ese mismo árbol —*azeite*— es de origen árabe. Podrían añadirse otros ejemplos para sugerir cómo árabes y latinos, cristianos y judíos, católicos y mahometanos han hecho de la cultura española y portuguesa (pues, en realidad, son una cultura única compuesta de varias sub-culturas), de los idiomas y de los tipos étnicos de España y Portugal, resultados o productos más o menos armoniosos, más o menos contradictorios de una especie de cooperación competidora entre diferentes capacidades humanas —y quizá étnicas—, talentos diversos, culturalmente especializados y disposiciones antagónicas.

La diversidad regional de las condiciones peninsulares del suelo, de la situación geográfica y del clima es algo que deben tener también en cuenta todos los que estudien las raíces europeas de la historia brasileña, raíces que no son puramente europeas, sino también africanas; no sólo cristianas, sino asimismo judías y mahometanas; no sólo agrarias, como lo indica la importancia de los agricultores en los primeros tiempos de Portugal, sino igualmente militares; no sólo industriales, como las desarrollaron los árabes y los moros, sino marítimas y comerciales, que desarrollaron nórdicos y judíos; notables no sólo por la capacidad para el trabajo penoso, continuo y monótono, y por la inclinación a la vida sedentaria de la agricultura, sino por el espíritu de aventura y la caballería romántica. La diversidad de las condiciones físicas apenas cede en importancia en la historia española y portuguesa a la diversidad dramática de los elementos étnicos y culturales como clave para comprender el hecho de que fuerzas tan enormes como las que se pusieron en juego para conseguir una uniformidad absoluta de la cultura, el carácter y la vida, tales la centralización violenta del poder político en Lisboa (o en Madrid), la inquisición o la Sociedad de Jesús, y, después del descubrimiento del Brasil, una dictadura tan brutal y eficiente como la del Marqués de Pombal en Portugal, no pudieron destruir las diferencias, la variedad y el vigor popular, fresco y espontáneo entre los portugueses.

Quizá fueron esenciales para hacer no sólo de España, sino de Portugal, potencias colonizadoras eficaces las fuerzas de uniformidad que acabo de mencionar; pero es indudablemente buen inicio de vitalidad social de cada una de las dos naciones hispánicas el hecho de que ninguna llegara a ser estrictamente ortodoxa o católica en el sentido religioso y social que

deseaban los jesuitas o la Inquisición; que no perdieran su diversidad regional y cultural bajo la presión de un gobierno fuertemente centralizado. Desde el punto de vista de la conservación de esas diferencias o antagonismos saludables, fue un bien que las fuerzas uniformadoras no actuaran siempre juntas sino que fueran a veces rivales o antagónicas: la Corona como la Iglesia, por ejemplo; la Sociedad de Jesús contra la Inquisición. Hubo una época en que los mismos judíos tenían a los jesuitas por protectores contra la poderosa Inquisición. Y el hecho es que, si bien expulsados en apariencia, los judíos no desaparecieron de la vida portuguesa.

Sobieski, viajero polaco, escribía en 1611, como nos lo recuerda un observador muy competente de la historia cultural portuguesa, Aubrey F. G. Bell: "Hay en Portugal muchísimos judíos, tantos que varias casas en Portugal son de origen judío. Aunque los han quemado y expulsado, muchos viven ocultos entre los portugueses".³ Desde que estuvo de moda en Portugal durante los siglos XVII y XVIII que los caballeros usaran lentes para tener aire de sabios y eruditos, parece que los astutos judíos sefarditas pudieron disfrazar sus narices semíticas bajo los lentes. Y tanto los cristianos como los judíos parecen haber usado anillos con piedras preciosas para mostrar su desdén por el trabajo manual, costumbre que sobrevivió en Brasil. *La ostentación de los signos de nobleza por los aristócratas portugueses, tanto cristianos como judíos —pues los judíos en Portugal y en España formaban una aristocracia más que una plutocracia—* alcanzó en ocasiones formas grotescas, como cuando tres caballeros se asociaron para usar el mismo traje de seda: dos permanecían en casa mientras el otro salía. Un viajero nos habla de los médicos judíos, disfrazados de cristianos, en la América portuguesa del siglo XVII, que recetaban carne de cerdo para disminuir las sospechas de judaísmo. Y todos ellos se hacían notar por la atención que dedicaban al vestido, aunque trabajaran como faquines o se dedicaran a otras ocupaciones humildes, como los verdaderos sefarditas de "pan de España" de Esmirna.

A veces el mismo rey de Portugal protegió a los judíos de su reino contra la observancia demasiado rigurosa de las leyes adversas a ellos, leyes basadas en un ideal de pureza religiosa más que racial. Un ideal de esa naturaleza tendrá una considerable importancia política en la fundación y el desarrollo de Brasil como colonia políticamente ortodoxa de Portugal. Hubo una época en Brasil en que los frailes salían en sus barcos al encuentro de los recién llegados, no para descubrir su nacionalidad o inspeccionar sus documentos policiacos; tam-

³ Aubrey F G Bell, Portugal of the Portuguese (Londres, 1915, p 40

poco para examinar el estado de su salud física o de sus cuerpos, sino para averiguar el estado de su salud religiosa: ¿Eran cristianos? ¿Sus padres lo eran? ¿Hasta qué punto eran ortodoxos? Como autoridades de inmigración al servicio no sólo de la Iglesia, sino también del Estado, los frailes protegían al país contra el peligro no de las enfermedades contagiosas o de inclinaciones criminales, sino de la infidelidad o la herejía. Considerábase al hereje como enemigo político de la América portuguesa: si era judío debía disfrazarse de cristiano nuevo y seguir siendo judío en secreto; si protestante, debía disfrazarse de católico. Parece que existía una tolerancia realmente considerable en el arreglo de esas diferencias, al menos en lo que respecta a los judíos ricos. Los judíos de Portugal fueron un elemento importante en la vida social y cultural del portugués, no sólo por su actividad comercial y su capacidad para establecer contactos cosmopolitas para los aventureros lusitanos cristianos cuando comenzaron sus empresas marítimas, sino también por otras aptitudes. No debemos olvidar que su situación geográfica favorecía especialmente a los portugueses para esas empresas, ni que fueron desde sus comienzos más remotos un grupo sobre el que influyó muchísimo el mar. Algunos autores llaman "mar lusitano" la parte del Océano Atlántico comprendida entre la costa occidental de Portugal y una línea trazada a través de las Azores hasta Madeira; y Dalgado, especialista en geografía climática, nos recuerda el hecho de que, considerado en su conjunto, el "mar lusitano" tiene más corriente que ningún otro de Europa, hecho que explica, agrega, "la cantidad y la variedad de peces que se encuentran en él".⁴ Otro especialista en ese mismo tema, Kohl, hace algo más de medio siglo, llamaba a Portugal la "Holanda de la península ibérica" comparación hecha también por Fischer, autor de un mapa de la configuración de la península ibérica. Dalgado describe Portugal como "el plano inclinado Occidental de la península ibérica, pues es la exposición de una gran parte de su superficie a los vientos oceánicos de la costa occidental la que le da el clima que la distingue".⁵ No sólo, podríamos añadir, el clima que la distingue desde el punto de vista de la geografía física, sino también su clima histórico y cultural característico. Pues la historia étnica y cultural de Portugal, la heterogénea composición étnica de su población y su cosmopolitanismo comercial y urbano, en oposición a su conservatismo agrario, o rural, se asocian a esa condición de "plano inclinado occidental de la península ibérica" que caracteriza a Portugal.

Hay antropólogos que creen que los iberos han sido los ha-

⁴ D.G Dalgado, *the Climate of Portugal* (Lisboa, 1914, p.33).

⁵ *Ibid.*, p.42

bitantes originales de la península hispánica y algunos los describen como mongoloides; pero son tantos los invasores que se han establecido en Portugal —los ligures, los celtas y los galos, los fenicios, los cartagineses, los romanos, los suevos y los godos, los judíos, los moros, los alemanes, los franceses, los ingleses— qué sería difícil encontrar un pueblo moderno cuyo pasado étnico y cultural reciente y remoto sea más heterogéneo. Debe agregarse que antes del descubrimiento del Brasil y en la época en que empezó la colonización de América por los portugueses, la población de Portugal había recibido una nota de color por la introducción de un número considerable de negros,⁶ utilizados como esclavos domésticos, y de algunos aborígenes de las Indias Orientales, notables por su habilidad como talladores y ebanistas:

Con semejante pasado étnico y cultural heterogéneo, no debe sorprendernos la diversidad de los portugueses como tipos antropológicos y culturales. Algunos de los que han estudiado el *ethos* portugués creen que los fenicios, los cartagineses y los judíos son la fuente en la que hay que buscar el origen del espíritu de iniciativa marítima que floreció en Portugal del siglo XIV al XVII. Hacen observar también que los romanos dieron a los portugueses la estructura de su idioma y de algunas de sus instituciones sociales; y que los moros dejaron más de una huella de su influencia, no sólo en las instituciones sociales y en el idioma, la música y las danzas de Portugal, sino asimismo en su cultura material, en la arquitectura, en la técnica industrial, en la cocina y en los trajes populares. Muchos factores parecen haber desarrollado en una gran parte de la población portuguesa el espíritu de aventura y los prejuicios aristocráticos que aparecían entre algunos de los primeros hombres que vinieron de Portugal a América: la presencia y la influencia en Portugal de los cruzados franceses e ingleses con su espíritu de aventura y su desdén por el trabajo agrícola; la presencia y la influencia allí de los judíos con su espíritu comercial y, puesto que eran judíos sefarditas, su desagrado o su desdén por toda clase de trabajo manual y su excesivo entusiasmo por las profesiones intelectuales y burocráticas; las victorias portuguesas sobre los moros; las conquistas realizadas por los portugueses en Asia y en Africa, y la oportunidad de emplear negros, aborígenes de las Indias Orientales y moros para trabajar en los campos y en las artes manuales.

Esos diversos prejuicios adoptaron en la América portuguesa la forma de la afición a las actividades militares, a la ostentación y el fausto, y a las ocupaciones burocráticas o al parasiti-

⁶ L.S. Rebello da Silva, *Memoria sobre populaca a agricultura de Portugal desde a fundacao da monarchia até 1865* (Lisboa, 1865, p. 60).

tismo, al mismo tiempo que las actividades esclavizadoras, primero en detrimento de los indios y concentradas después en la importación de africanos para trabajar en las plantaciones casi feudales que algunos de esos portugueses pudieron establecer en Brasil. Por fortuna, tanto para Portugal como para Brasil, esos gustos adquiridos no destruyeron por completo en los portugueses del antiguo linaje rural —en los llamados *portugueses viejos*, que con el tiempo serían el elemento humano fundamental de la colonización agraria de Brasil— su amor tradicional a la agricultura. Hombres como Duarte Coelho y los Albuquerque trajeron desde Portugal a Brasil, además de un espíritu aventurero, uno de continuidad social y una gran capacidad para el trabajo prolongado, paciente y difícil. Amaban los árboles y la vida campestre. Eran, por tradición, caballeros rurales o plantadores. Duarte descendía de la nobleza agrícola del norte de Portugal, al igual que su esposa, doña Brites, que fue la primera mujer-gobernadora de América. De esa misma región emigraron a Brasil varias familias que siguieron a Duarte y doña Brites, algunas emparentadas con ellos. Los campesinos portugueses de esa región —la noratlántica— se consideran por lo general como hombres y mujeres de inteligencia mas bien roma, pero religiosos, aficionados a la música, ocasionalmente alegres, pacientes y muy trabajadores.

Mas los portugueses de la antigua cepa rural que vinieron a Brasil en el siglo XVI hubieran sido incompletos o unilaterales sin los llamados “enemigos de la agricultura”, cuyo rasgo predominante fue su espíritu de aventura, su amor de las novedades, su inteligencia, su espíritu comercial y urbano, su genio de traficantes. Los agricultores, con su profundo cariño a la tierra y un profundo conocimiento de la agricultura, eran a veces engañados o explotados en Brasil por compatriotas cuya pasión era la aventura comercial y la vida urbana —la mayoría de ellos probablemente judíos—; pero en más de un respecto, ese antagonismo fue benéfico para la América portuguesa. Los judíos urbanos, con su genio mercantil, hicieron posible la industrialización del cultivo de la caña de azúcar en Brasil y el éxito en la comercialización del azúcar brasileño.

La política de desdén o descuido del interior de Portugal seguida por algunos de sus reyes más influyentes, como Don Fernando, explica por qué empezaron a llegar a Lisboa tantos nobles como candidatos para nombramientos gubernamentales. Y como tales, aun se convirtieron en partidarios entusiastas de la aventura marítima, del comercio, de las construcciones navales; llegaron a ser cooperadores, más que enemigos, de los príncipes-mercaderes de los puertos marítimos cuando se abrió la ruta a la India y algunas partes de Oriente se convirtie-

ron en colonias o semi-colonias de Portugal. Algunos de esos aristócratas vinieron a Brasil, nombrados por la corona portuguesa, para ocupar elevados cargos burocráticos o enviados en misiones especiales que exigían de ellos lo mejor de su experiencia militar y de su capacidad como dirigentes. En Brasil cooperaron con fuerzas mutuamente antagónicas pero también cooperadoras, como el rey, la iglesia, los judíos, el hombre ordinario, el hereje, o los criminales políticos o comunes obligados a salir de Portugal para ir a Brasil.

Me parece que algunos autores —Sombart uno de ellos— conceden una excesiva importancia a los judíos en las empresas marítimas y coloniales portuguesas, entre ellas la formación de Brasil como una colonia productora de azúcar. Con todo, no debemos llegar nunca al extremo opuesto: el de pasar por alto el papel desempeñado por los judíos en el desarrollo cultural de Portugal y en la forma decididamente cosmopolita que adopta su política económica desde la época de Don Fernando. Pues los reyes portugueses y los príncipes judíos de las finanzas se entendían tan bien que judíos habían sido los recaudadores reales de contribuciones desde los primeros tiempos de la monarquía portuguesa. Y bajo algunos de los mejores reyes, judíos sefarditas fueron ministros de hacienda, médicos reales, astrólogos. Se dice que, con la protección de los reyes de Portugal, los comerciantes judíos se hicieron orgullosos y engreídos; que adornaron sus caballos con borlas; que se dejaron dominar por el lujo. Y podemos imaginarnos en qué poderosos rivales de los capellanes, los confesores, los consejeros y los educadores católicos se convirtieron como médicos de cabecera, astrólogos y recaudadores de contribuciones de los reyes. Pues en esa época el cuerpo del hombre iba adquiriendo de nuevo casi tanta importancia como el alma; y los astutos astrólogos parecían ser capaces de guiar a un rey o una reina, un príncipe o un capitán por las misteriosas regiones de este mundo y del futuro, regiones que desconocían del todo los maestros católicos de teología y divinidad

Para los que estudian la historia de Portugal desde un punto de vista brasileño, es interesante seguir las actividades judías en relación con esas empresas marítimas y comerciales que tenían la producción de azúcar en Brasil como un subproducto, si no como un producto principal. Desde el reinado de Sancho II, que se interesó por el desarrollo de la marina de guerra portuguesa, se sabe que los judíos fueron obligados a pagar un impuesto para la marina real: para cada barco botado por el rey los judíos tenían que suministrar “un ancla y un cable nuevo para ancla de sesenta anas de largo o en su lugar hacer un pago en dinero de sesenta libras”. Los judíos dominaban, entre otras ramas del comercio, la del suministro de alimentos, y

más de una vez fueron acusados, según los que han estudiado la historia de las actividades judías en Portugal, como Azevedo, con o sin razón, de retener los suministros para hacer subir los precios, actividad que no era peculiar de los judíos portugueses de los siglos XIV y XV.

Según algunos autores, debemos ver en la importante mezcla del pueblo de Portugal con la raza semítica una de las razones fundamentales de la capacidad de los portugueses para aclimatarse en diversas partes del mundo mejor que casi todos los demás europeos. Contribuirían a esa capacidad especial no sólo los judíos, sino también los moros. Contra una generalización de esa índole se alza un hecho de una importancia considerable: la Nueva Lusitania, esto es, la parte noroeste del Brasil actual, fue colonizada mayormente por hombres y mujeres procedentes de la parte norte de Portugal, población notable por su sangre romano-visigótica y sus características nórdicas. Esos hombres y esas mujeres, algunos de ellos procedentes de la nobleza rural, se adaptaron bien al clima tropical de esa región de Brasil donde la caña de azúcar se convirtió en base de un renacimiento de la organización social de tipo feudal, con africanos como esclavos. Quizá el mismo clima portugués — más africano que europeo en sus características — es la explicación, más satisfactoria para el hecho de que los portugueses parecen adaptarse mejor que otros europeos a los climas tropicales. Y no debemos olvidar que esa adaptación se basó, durante las primeras generaciones de colonizadores de las regiones tropicales del Brasil, en la mano de obra esclava. No eran los portugueses los que realizaban los trabajos más duros en los campos, sino que en sus plantaciones tenían indios y después negros como esclavos.

Quienes estudien la primitiva historia brasileña deben considerar ese antagonismo no sólo como un mal — pues lo era — sino como un estímulo para la diferenciación y el progreso. Uno de los intérpretes más capaces de la historia económica portuguesa, Antonio Sergio, ha aclarado suficientemente que la clase comercial en Portugal, el negociante de la costa, adquirió más importancia que los propietarios aristocráticos del interior para crear, con la cooperación del rey, una política nacional, o más bien internacional, que descuidó el interior del país para estimular la aventura marítima. Este proceso ha sido estudiado minuciosamente por J. Lucio de Azevedo, el autor que disfruta de mayor autoridad en lo que respecta a la historia económica de Portugal.⁷

Apenas si hago otra cosa que resumir lo que Sergio sugiere y

⁷ J. Lucio de Azevedo, *Épocas de Portugal Económico* (Lisboa, 1929).

Azevedo explica, cuando digo que la temprana aparición de las clases comerciales en Portugal es un hecho que nunca deberá olvidar quien estudie los antecedentes europeos de la historia brasileña. Como nos recuerda Sergio, Lisboa se convirtió en el puerto marítimo en que el comercio del norte de Europa se encontraba con el del sur; a esta tendencia hacia el comercio marítimo y a la concentración de la atención en los puertos marítimos se debió que el problema de poblar la parte sur de Portugal, donde la agricultura ha dependido siempre de una irrigación costosa empezara a descuidarse desde entonces. Puesto que el objeto principal del comercio europeo en esta época era, como todo el mundo sabe, la adquisición de productos orientales, los negociantes portugueses de Lisboa, algunos judíos o relacionados con judíos, aprovecharon la situación geográfica de su ciudad y también el hecho de que el feudalismo no fuera tan potente en Portugal como en otras partes de Europa, para adueñarse de la política nacional y transformarla en una aventura cosmopolita atrevida, comercial y, al mismo tiempo, imperial por sus esfuerzos científicos y casi científicos para descubrir nuevas rutas para el comercio, nuevas tierras y nuevos mercados que explotar, y poblaciones paganas no sólo para convertirlas al cristianismo, sino también para subyugarlas y convertirlas en súbditos o esclavos portugueses.

El propio rey de Portugal se convirtió en "el comerciante por antonomasia" y los funcionarios del estado se convirtieron también en negociantes.⁸ Es sabido que en los siglos XIV y XV, con la irrupción de los turcos en los puertos marítimos orientales del Mediterráneo y por efecto de otras dificultades, se hizo sentir agudamente en Europa la necesidad de una ruta marítima hasta la India. Ninguna nación europea disfrutaba de una posición más ventajosa para resolver un problema tan grave que el Portugal semieuropeo, una nación tan precozmente marítima y comercial en su programa político que ya el Rey don Fernando, desde fines del siglo XIV, promulgó leyes que concedían una protección especial al comercio marítimo y estimulaban las construcciones navales; concedía más ayuda a esa causa que a los nobles latifundistas, en especial de tierras conquistadas a los moros —tierras que necesitaban ser regadas, operación considerada entonces de la incumbencia real o como algo superior a la capacidad económica de los propietarios no muy ricos—. Parece que la ayuda real no llegó a darse nunca. Tal vez los reyes de Portugal perseguían, con no ayudar a los aristócratas latifundistas, el desarrollo de un poder

⁸ Antonio Sergio, *A Sketch of the History of Portugal*, traducción del portugués por Constantino José dos Santos (Lisboa, 1928, p 88).

real centralizado, definido y eficaz, que podía poner en peligro una aristocracia terrateniente poderosa.

Debe observarse que no fue Brasil el que hizo a los portugueses maestros en el arte de vivir con esclavos y a veces reunir fortunas basadas en la esclavitud: cuando comenzó la colonización de Brasil, la misma Portugal estaba ya llena de esclavos africanos. Por supuesto, eso era sólo una miniatura de lo que había de desarrollarse en Brasil en una escala grande, casi monumental. Sino que cuando llegaban a Brasil, la mayoría de esos portugueses sentían ya una fuerte inclinación por el lujo y el boato y una aversión por el trabajo manual que en gran parte han de explicarse por las facilidades de que habían disfrutado, durante casi un siglo, para hacer realizar el trabajo doméstico por esclavos negros y, durante muchos siglos, una parte de sus trabajos agrícolas más difíciles, por lo moros.

Para los portugueses, los moros habían sido no sólo trabajadores agrícolas eficientes que sabían, como por arte de magia, transformar tierras áridas en jardines, sino una raza de color oscuro que no había estado formada siempre por siervos sino que a veces había dominado una gran parte de la península ibérica. Los portugueses de la más pura sangre nórdica habían encontrado en las mujeres morenas moras, algunas de ellas princesas, la revelación suprema de la belleza femenina. Como ha señalado más de uno de los eruditos que han estudiado la historia brasileña —en particular el norteamericano Roy Nash, cuyo libretto *The Conquest of Brazil* es uno de los mejores que se han escrito jamás sobre Brasil desde un punto de vista sociológico—, el primer contacto de los portugueses o los españoles con gentes de piel más oscura había sido el de los “conquistados con sus conquistadores de piel morena”. Y “el hombre de piel más oscura era el más culto, el más instruido, el más artista. Vivía en castillos y ocupaba las ciudades, era el rico; los portugueses se convirtieron en siervos asentados en sus tierras. En tales condiciones, se consideraría un honor para el blanco casarse o relacionarse con la clase gobernante, la de los hombres morenos, en lugar de ser al revés”.⁹

Hace años que, a través del estudio sicológico de la famosa leyenda portuguesa de la “mora encantada”, llegué a la misma conclusión que Roy Nash: la idealización hecha por el pueblo portugués de la mujer morena y la muchacha o la mujer mora como tipo supremo de la belleza humana, ejerció probablemente un efecto muy importante en el sentido de sus relaciones con las mujeres indias o amerindias en Brasil. Los portugueses místicos, poéticos, inclinados a soñar sobre su pasado, amantes de las plantas bellas al mismo tiempo que las útiles y

⁹ Roy Nash, *the Conquest of Brazil* (Nueva York, 1926, p 37).

comerciales, han poblado algunas de sus fuentes y bosques con leyendas fascinadoras de pincesas moras. El muchacho afortunado que descubre y trata bien al animal o la planta que disfraza alguna bella princesa mora de la antigüedad, se casará con ella y será rico y feliz. Y todas esas historias y leyendas consideran a la muchacha mora de piel morena como el supremo tipo de belleza y de la atracción sexual; a los moros se les considera superiores —no inferiores— a los portugueses blancos.

Esas leyendas persisten todavía entre los campesinos portugueses, la mayor parte de los cuales son analfabetos. Los niños portugueses de todas las clases crecen bajo el hechizo de esas leyendas y mitos, que no son ni europeos ni “arios”. Podemos imaginarnos lo activas que serían las leyendas moras entre los portugueses que en el siglo XVI entraron por vez primera en contacto con otra raza morena, los indios de América. Todas esas voces del pasado, su experiencia histórica, su Folklore, su literatura popular en prosa y en verso, decían a los portugueses que llegaron primero al Brasil que las gentes morenas no son siempre inferiores a las blancas.

Las leyendas son una fuerza viva entre los campesinos analfabetos como los de Portugal; y son a veces el instrumento para expresar una verdad más eficaz y duradera que algunas de las cambiantes verdades a medias que los pedantes y no los sabios enseñan enfáticamente en las academias y aun en los laboratorios. El analfabetismo entre los campesinos con un rico folklore, o una herencia popular como la de España y Portugal, no significa por necesidad ignorancia, sino qué tiene mucho que ver con la prudencia, la imaginación y el humor. La mayoría de los portugueses que descubrieron y colonizaron Brasil sabían por sus leyendas que un pueblo moreno puede ser superior a uno blanco como lo habían sido los moros en Portugal y en España; y por su prolongado contacto con éstos, a quienes en esa parte de Europa se considera no de raza inferior sino superior, los portugueses se asimilaron muchas costumbres y conceptos: el ideal moro de la belleza femenina (el de la mujer gruesa), el gusto moro por el concubinato o la poligamia, la tolerancia y la consideración de ambas razas por los mestizos, su concepto de los esclavos domésticos como casi una especie de pariente sobre el que se guarda en la casa. Los portugueses conservaron en Brasil muchas señales de influencia mora en su moral o en su conducta social, no demasiado estrictamente europeas ni cristianas. Esto era cierto sobre todo en lo que respecta al hombre común; pero, generalizando, es aplicable a los portugueses de todas las clases sociales.

Quiero decir algo más sobre los campesinos analfabetos de Portugal, a los que tanto debe Brasil. Desde los primeros días

del siglo XVI han sido en esa parte del continente el elemento básico continuo del desarrollo, de una nueva cultura real, no simplemente una cultura sub-europea o colonial. Como descubrió en Portugal James Murphy, el autor de *Travels in Portugal*,¹⁰ y después otros observadores extranjeros más recientes, los campesinos analfabetos son la flor y nata de esa nación; y desde más de un punto de vista, ellos —y no los nobles, los burgueses, los primorosamente educados— han sido la flor y nata de la colonización portuguesa de Brasil.

Son muchas las anécdotas y bromas acerca de los campesinos portugueses: sobre los ingenuos y lo rústicos que son; sobre lo ignorantes que son del progreso técnico; sobre lo estúpidos o torpes que son algunos de ellos por comparación con otros europeos o con el indígena o el mestizo brasileño —el *carrioca*, el *caboclo*, el *amarelinho*— que es, por supuesto, el héroe supremo de un gran número de anécdotas brasileñas. El portugués no es en ellas, por necesidad, el villano, pues no lo es realmente nunca en las historietas brasileñas; pero representándosele, por lo general, tan gordo o robusto, ingenuo e infantil, y también tan sexualmente potente como se supone que eran los hombres primitivos en contraste con los demasiado civilizados, la leyenda brasileña convierte al campesino portugués en una especie de Falstaff ridículo pero amable. Esas caricaturas no hacen sino insistir en la ignorancia de los campesinos y artesanos portugueses, analfabetos o semi alfabetos, frente a los aspectos del progreso urbano y técnico extraño del todo al hombre procedente de un país como Portugal, predominantemente pastoral y agrícola.

Los campesinos portugueses han traído consigo a Brasil desde el siglo XVI, un gran número de leyendas, de encantamientos, de canciones populares, de literatura popular en verso y en prosa, de artes populares. A través de ellos —campesinos y artesanos analfabetos— y no de los eruditos o los instruidos, la América portuguesa ha asimilado valores populares o folklóricos similares de los indios y los negros y se ha convertido así en fuente de una nueva cultura, la cultura brasileña.

Algunos de los que estudian las culturas modernas tienen cierta tendencia a exagerar la importancia de la capacidad para leer y escribir. La lectura y la escritura son medios de comunicación muy útiles para las civilizaciones industriales y para las formas puramente políticas de organización democrática. Y como tales, están al parecer siendo sustituidos por el teléfono, la radio, la televisión. Países como China, India, México, y Brasil no tendrán, probablemente, la misma necesidad de saber leer y escribir, como medio de modernizarse, que tuvie-

¹⁰ Londres, 1975.

ron las vastas masas durante el siglo XIX y aun Rusia Soviética al comienzo de este siglo.

Aubrey F. G. Bell, que conoce muy bien Portugal, rinde el mayor tributo que el hijo de una civilización tan industrial y mecánica como la británica puede rendir a un pueblo al que se ridiculiza a menudo por su atraso cuando dice que “triplemente afortunados” son los que “pueden reunirse y conversar con los campesinos portugueses durante la romería o la fiesta aldeana, o cuando se sientan alrededor del fuego (*a lareira*) en el invierno, o se reúnen en alguna gran tarea común, el esquila (*tosquia*) o la *esfolhada* (quitarle las hojas a las mazorcas de maíz), pues es seguro que podrán recoger una rica provisión de refranes, canciones populares y filología”. Y todavía afirma que “puede decirse sin temor a exagerar que el pueblo portugués, a pesar de toda su ignorancia colosal y de su falta de instrucción, es uno de los más civilizados e inteligentes de Europa”.¹¹ La opinión de los que han estudiado más a fondo al pueblo y la historia portugueses es la de que ese atraso no es prueba de poca inteligencia o de inferioridad racial.

Nobles reyes, príncipes mercaderes, doctores en filosofía, derecho y medicina, sacerdotes, judíos sefarditas, eruditos y hombres de ciencia han contribuido brillantemente a la colonización portuguesa de Brasil. Pero debe repetirse una vez más que la fuerza creadora más constante en ella ha sido, probablemente, la de los campesinos analfabetos, algunos de sangre norafricana: árabe, mora y aun negra. El resultado de su obra puede presentarse hoy al mundo como uno de los esfuerzos más afortunados de colonización, no ya de europeos, sino de semieuropeos, en la América tropical: en Brasil.

El hombre común portugués estuvo presente en los primeros esfuerzos colonizadores de los portugueses en Brasil; un estudio reciente y minucioso de los documentos de esa época ha revelado que un buen número de los portugueses fundadores de familias *paulistas* en el Brasil meridional —familias después famosas por su obra colonizadora en el centro, en el norte y en el extremo sur de Brasil meridional— fueron artesanos o campesinos. Los artesanos portugueses parecen haber venido en número considerable en el siglo XVI a Bahía, la primera ciudad importante construida en Brasil, se sabe que a algunos de ellos se les pagaban jornales muy elevados. Pronto fueron numerosos en Pernambuco como comerciantes y artesanos, rivales de la segunda y tercera generación de los descendientes de los nobles y los caballeros agricultores procedentes del norte de Portugal que, con la ayuda o el apoyo de los judíos ricos, habían fundado la industria azucarera en Brasil. Después, en

¹¹ Op. cit., p. 15.

1620, llegaron a Maranhão doscientas familias portuguesas procedentes de las Azores. En 1626 llegaron otras a Pará y en el siglo XVIII se estableció un gran número de ellas en Río Grande do Sul. No eran nobles sino campesinos y artesanos, hombres comunes, cuyo éxito mediocre en la colonización agrícola se explica por el hecho de que el sistema feudal que imperaba en extensas regiones de la América portuguesa hacía casi imposible que prosperaran como agricultores los hombres comunes. Si los colonizadores agrícolas portugueses establecidos en Pará (Nossa Senhora do o y otros lugares), en Bahía (Sinimbu, Engenho Novo, Río Pardo), en Río de Janeiro, no tuvieron gran éxito como agricultores, hay que observar que menos éxito aún tuvieron los campesinos irlandeses establecidos también como tales en el interior de Bahía y las familias alemanas asentadas a principios del siglo XIX en el interior de Pernambuco; en efecto, fueron magníficos fracasos. Pero tan pronto como pudieron escapar de un sistema feudal de dominio de la tierra en el que apenas si había sitio para un granjero genuino o un agricultor independiente, la mayoría de esos cultivadores portugueses encontraron trabajo como artesanos o prosperaron como negociantes en las ciudades costeras, donde tantos han alcanzado un éxito notable como comerciantes y fundadores de nuevas industrias.

En su muy interesante obra *New Viewpoints on the Spanish Colonization of America*¹² nos dice el profesor Silvio Zavala que Felipe II permitió a los agricultores portugueses emigrar a la América española, tal vez, me aventuro a sugerir, porque las condiciones eran más favorables para los agricultores en algunas regiones de la América española que en casi todas las regiones de la América portuguesa. Según el mismo profesor, la colonización de carácter militar se había extendido en la América española; pero una gran parte de la portuguesa estuvo dominada desde el siglo XVI al XIX por una colonización de tipo feudal, todavía más hostil al tipo ordinario de agricultor europeo que el puramente militar. Y en ambas Américas hispánicas, la portuguesa y la española, se desarrolló otro tipo de colonización privilegiada cuyos intereses no coincidían con los de los colonos ordinarios; la política jesuita de segregar a los indios y aun de competir agrícola y comercialmente con los colonos ordinarios a través del empleo, por esa comunidad religiosa (para cuyo sostenimiento se gravaba con impuestos a los civiles), de una mano de obra india, o amerindia, que la mayoría de la comunidad civil no conseguía con igual facilidad o libertad que los jesuitas. Estos, que disfrutaron de privilegios con la mayoría de los reyes de Portugal y España duran-

¹² Filadelfia, 1943, p. 110.

te la fase más decisiva de la colonización de América, realizaron una obra extraordinariamente útil en Brasil como misioneros y educadores; mas su sistema de educación de los indios, paternalista en exceso y hasta autocrático, estaba en oposición con las primeras tendencias del desarrollo de Brasil como una democracia étnica. Este punto, que Las Casas percibió con tanta claridad desde el ángulo democrático hispanoamericano, cuando quería utilizar la colonización por agricultores “que debían vivir cultivando las ricas tierras de las Indias, tierras que sus dueños indios les concederían voluntariamente”, y tierras donde “los españoles se mezclan por matrimonio con los indígenas e hicieran de ambos pueblos una de las mejores comunidades del mundo y quizá una de las más cristianas y pacíficas”,¹³ lo percibió también con toda claridad, desde un punto de vista brasileño, José Bonifacio, el jefe del movimiento de independencia de la América portuguesa. José Bonifacio vio el peligro que representaba una política de aislamiento como la que siguieron durante algún tiempo los jesuitas en Brasil para el desarrollo de éste como una comunidad democrática. Por ello defendió la práctica del cruzamiento racial y de la interpenetración cultural, hasta que, bajo la inspiración de sus ideas, el emperador de Brasil adoptó en 1845 un plan muy amplio para ocuparse de los indios. Siguiendo una tradición que tiene sus raíces en ideas defendidas por reyes y estadistas portugueses, a veces en oposición con los jesuitas, el plan comprendía el estímulo del matrimonio entre los portugueses y los indios y la instrucción y la ayuda en forma de alojamientos, herramientas, ropas y medicinas. Incluía también el derecho de los indígenas a adquirir tierras fuera de las reservas.

Si los tipos de colonización a base de privilegios han impedido que la mayoría de los portugueses comunes que han emigrado a América se convirtieran en conquistadores y dueños de regiones vírgenes de buenas tierras agrícolas, parecen haber hallado una compensación a esta represión de sus instintos “posesivos” más bien que “creadores” en su actividad procreadora, realmente extraordinaria, como varones polígamos. Algunos de ellos se hicieron famosos, como João Romalho en el siglo XVI, por sus numerosos hijos con mujeres indias; como tales fueron los rivales, los iguales, y hasta los competidores triunfantes de los *fidalgos* portugueses, o los nobles, como Jerónimo de Albuquerque, cuyas tendencias a la poligamia los situaban como herederos de las tradiciones más moras que cristianas y europeas de moral sexual. Esos excesos, provechosos para Brasil desde el punto de vista de una colonización pura-

¹³ Ibid., p. 110-11.

mente cuantitativa, no fueron siempre benéficos para el desarrollo de la vida familiar cristiana en la América portuguesa. No sólo jesuitas, sino también las autoridades eclesiásticas alzaron su voz en más de una ocasión contra ellos.

Como sabe todo el que estudia la historia social del Brasil, está por hacerse todavía la tarea de reunir una información suficiente sobre la vida, la actividad y la influencia de las masas populares que permita obtener un conocimiento adecuado del desarrollo colonial de ese país, como también acerca de los orígenes sociales y el desarrollo social de otras naciones modernas. La información sobre los contactos básicos sociales y culturales entre los grupos humanos que han producido la civilización moderna es todavía incompleta. Un norteamericano que ha estudiado la historia social, el profesor Dwight Sanderson, ha hecho la observación de que las fuentes de que disponemos han destacado a menudo las estructuras políticas y las pruebas documentales, mientras, a la inversa, los que estudian la mitología y el folclore van con frecuencia al extremo opuesto en su valuación de las supervivencias culturales y de las contribuciones de las gentes comunes al desarrollo de la cultura o la civilización moderna. De aquí la necesidad de volver a estudiar algunos problemas de la historia europea y americana desde un punto de vista sociológico.

Portugal y la colonización portuguesa de Brasil necesitan reestudiarse así: valuando de nuevo la contribución portuguesa a la civilización moderna, contribución que tal vez tuvo más del comerciante, del misionero, del hombre común, del intelectual, del hombre de ciencia y de la mujer que siguió a su marido en sus aventuras allende los mares, que del conquistador, del jefe militar, del estadista, de los obispos, o de los reyes, aun cuando Portugal, en su fase más creadora, esto es, durante los siglos XV y XVI, fue notable por la energía, la capacidad y la previsión de sus reyes, príncipes y estadistas.

Los portugueses —la mayoría de ellos dedicados al comercio— enriquecieron durante los siglos XV y XVI la civilización europea con muchas plantas y valores culturales y técnicas asimiladas de Asia y Africa. América portuguesa se benefició también con esos valores y esas técnicas. Pues los comerciantes portugueses que introdujeron en Europa el gusto por el azúcar, el té, el pudín de arroz, la pimienta, la canela, el quitasol, el paraguas, el palanquín y la galería sombreada (la galería de las Indias Orientales en las casa de campo y suburbanas), la gallina de Guinea, los techos cóncavos, la pocelana, las cornisas redondeadas, los azulejos árabes, los jardines y los abanicos chinos, las casas para verano en forma de pagoda, las alfombras orientales, los perfumes de Oriente, llevaron a Brasil desde el siglo XVI algunos de esos valores y lujos y también se-

das y joyas. Fueron los exploradores del comercio internacional moderno entre el Oriente y el Occidente; entre el Viejo Mundo y el Nuevo.

Aunque esos orgullosos europeos del norte, que han convertido el uso diario de una bañera en el arte o la técnica supremos de la moderna comodidad doméstica, desprecian hoy a los campesinos portugueses porque no se bañan tanto como ellos, como los ingleses y los escandinavos, los navegantes y los comerciantes portugueses fueron de los primeros que llevaron a Europa desde el Oriente el hábito casi anticristiano y antieuropeo de un baño diario que al principio, y hasta cierto punto aún hoy, era un lujo europeo del que sólo disfrutaban las damas y los caballeros. Aunque hoy se ridiculiza a los portugueses por usar en la mesa horribles mondadientes, fue probablemente un portugués quien llevó de China a Europa la primera porcelana para el té de los "mundanos". Los portugueses fueron también probablemente, los primeros europeos que llevaron del Oriente a Europa los tejidos de algodón de las Indias Orientales, en especial las indianas o percales, revolucionando así los hábitos sociales y el comportamiento cultural en los países cristianos europeos. Pues, como sabe todo el que ha estudiado la civilización europea moderna, los tejidos baratos de algodón procedentes de las Indias Orientales aumentaron el uso de las ropas interiores "mejorando así la salud y la limpieza."¹⁴ Los portugueses iniciaron otra revolución social y cultural ésta en el Oriente: introdujeron en Japón a los jesuitas europeos y posiblemente la sífilis.

Los portugueses que descubrieron y empezaron a colonizar Brasil dieron a conocer también su nueva colonia en Europa por sus bellas plantas, como la primavera nocturna; sus maderas útiles, como el palo de Brasil y el palo de rosa; sus frutos deliciosos, como la piña; su fino tabaco de Bahía; sus nueces de Pará o de Brasil; su caucho del Amazonas; sus hamacas tejidas por los indios y sus plantas medicinales, como la impecacuana. Poco después del descubrimiento de Brasil los portugueses empezaron a estudiar las plantas brasileñas, los animales y, en especial, las costumbres y los alimentos indios o amerindios, con una exactitud que ha sido alabada por los científi-

¹⁴ Shepard Bancroft Clough y Charles Woolsey Cole, *Economic History of Europe* (Boston, 1941), p 263. Véase también Adolphe Reischwein, *China and Europe* (Londres, 1915), pp. 61-67. James Edward Gillespie, *The Influence of Overseas Expansion on England (1500-1700)* (Nueva York, 1920); Romalho Ortigao, *O culto de Arte em Portugal* (Lisboa, 1896), Edgar Prestage, *The Portuguese Pioneers* (Londres, 1934); Gilberto Freyre, *O mundo que o Portuguese Creou* (Rio, 1940), estudia también el tema y señala aspectos de la influencia portuguesa en la vida social y cultural de Europa a consecuencia de los contactos portugueses con África, el Oriente y América.

cos modernos. Asimismo empezaron a construir en la América tropical casas de un nuevo tipo y con características extra europeas, casas con una arquitectura que era una combinación de las modas asiáticas y africanas con los estilos tradicionales europeos. Empezaron a desarrollar una cocina lusobrasileña basada en sus tradiciones europeas adaptadas a las condiciones y los recursos americanos, y también en su experiencia con las plantas y los procedimientos culinarios de Asia y África.

Los portugueses tienen que ver no sólo con la introducción o la popularización del azúcar brasileño en Europa bajo el nombre de mascabado o *muscovado*, sino también con la diseminación de uso del tabaco, como un hábito aristocrático europeo. A consecuencia del uso del tabaco —procedente del Brasil y de otras partes de América— parece que los europeos en general, y los portugueses en particular, empezaron a escupir más que antes; y es significativo que la palabra inglesa *cuspidor* procede del verbo portugués *cuspir*, escupir. Pero no es esta la única palabra que pasó del portugués, o, por intermedio del portugués, de los idiomas de las Indias Orientales, de África, de Asia y América, al idioma inglés y a otros idiomas europeos. Numerosas palabras de origen portugués indican cuán importante fue el papel que Portugal desempeñó en los primeros tiempos del comercio internacional moderno: *bamboo* (el árbol); *verandah* (por galería); *caravel* (un tipo de barco); *tapioca* (el almidón de mandioca); *pagoda* (una construcción en forma de torre); *kraal* (un tipo de aldea africana); *muscovado* (un tipo de azúcar fabricado en el Brasil colonial); *cobra* (serpiente); *cobra-de-capelo* (una serpiente de las Indias Orientales); *jararaca* (una serpiente); *jacaranda* (palo de rosa brasileño); *caste* (un grupo social hereditario y endógamo); *palanquín* (la silla de manos asiática muy utilizada en Brasil); *cashew* o *cajou* (una nuez); *jaguar* (un felino grande de la América Latina); *samba* (una danza afrobrasileña); *mango* (un fruto de las Indias Orientales hoy muy común en Brasil); *oporto* y *madeira* (tipos de vinos); *canja* (una sopa espesa de pollo y arroz, muy alabada por Theodore Roosevelt);¹⁵ *cruzado* (una moneda portuguesa mencionada por Shakespeare); *valorización* (un portuguesismo en el idioma inglés utilizado para describir un proceso o una técnica para la defensa comercial de un producto, proceso o técnica utilizada primero por los brasileños con su café y después por otros pueblos con diversas mer-

¹⁵ Theodore Roosevelt, *Through The Brazilian Wilderness* (Nueva York, 1914, p. 165) Theodore Roosevelt introdujo también en el idioma inglés varios nombres portugueses amerindios de animales, como *tamandua*, *bandeira* y *piranha*.

cancias). Y me parece que *pickanniny*, la palabra inglesa para designar un niño negro, procede, no del español, como suelen indicar los diccionarios e indica H. L. Mencken en su *The American Language*, sino de la palabra portuguesa *pequeninos*. "Formosa", el nombre de la ahora famosa isla oriental, es también una palabra portuguesa, no española. Esas palabras son unas cuantas pruebas de la ubicuidad portuguesa anterior a la colonización del Brasil o contemporánea a ella.

Al estudiar las raíces europeas de la historia brasileña desde un punto de vista sociológico, se llega a la conclusión, algo paradójica, de que no fueron enteramente europeas, sino también asiáticas y africanas.

Siendo director general de Publicaciones José Dávalos
se terminó de imprimir en los talleres de Imprenta Madero, S. A.,
Avenida 102, México 13, D. F. en septiembre de 1979.
Se tiraron 10.000 ejemplares.

TOMO VI:

51. George Robert Coulthard, **PARALELISMO Y DIVERGENCIAS ENTRE INDIGENAS Y NEGRITUD**. 52. Benito Juárez, **CARTAS**. 53. Germán Arciniegas, **NUESTRA AMERICA ES UN ENSAYO**. 54. Aime Cesaire, **DISCURSO SOBRE EL COLONIALISMO** (fragmento). 55. José María Arguedas, **EL INDIGENISMO EN EL PERU**. 56. Justo Arosemena, **PROYECTO DE TRATADO PARA FUNDAR UNA LIGA SUDAMERICANA**. 57. Samuel Silva Gotay, **TEOLOGIA DE LA LIBERACION LATINOAMERICANA: CAMILO TORRES**. 58. Servando Teresa de Mier, **QUEJAS DE LOS AMERICANOS**. 59. Benjamín Carrión, **RAIZ E ITINERARIO DE LA CULTURA LATINOAMERICANA**. 60. Ernesto Che Guevara, **LATINOAMERICA: LA REVOLUCION NECESARIA**.

TOMO VII:

61. Luis Villoro, **DE LA FUNCION SIMBOLICA DEL MUNDO INDIGENA**. 62. Augusto César Sandino presentado por Jorge Mario García Laguardia, **REALIZACION DEL SUEÑO DE BOLIVAR**. 63. Arturo Uslar-Pietri, **ANDRES BELLO EL DESTERRADO**. 64. Frantz Fanon, **ANTILLANOS Y AFRICANOS**. 65. Víctor Raúl Haya de la Torre, **EL LENGUAJE POLITICO DE INDOAMERICA**. 66. José Victorino Lastarria, **LA AMERICA** (fragmentos). 67. José Antonio Portuondo, **LITERATURA Y SOCIEDAD EN HISPANOAMERICA**. 68. Domingo F. Sarmiento, **SAN MARTIN Y BOLIVAR**.

**RECTOR**

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

SECRETARIO GENERAL ACADEMICO

Dr. Fernando Pérez Correa

SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Dr. Abelardo Villegas

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Dr. Leopoldo Zea.

COORDINADOR DE HUMANIDADES

Dr. Leonel Pereznieta Castro

CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD

Lic. Elena Jeannetti Dávila

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA

Dr. Efrén C. del Pozo.